

COLABORACIÓN EDUCATIVA, EDUCACIÓN POPULAR Y EDUCACIÓN COMPLEMENTARIA

Jorge Cela S.J.

Director del Centro Loyola-Reina

La Habana, Cuba

Introducción

La educación complementaria que ofrecemos en el Centro Loyola de Centro Habana se inspira en la corriente de pensamiento pedagógico latinoamericano conocida como Educación Popular, que se fundamenta en los escritos del pedagogo brasileño Paulo Freire.

El concepto de educación popular está relacionado con lo que los antropólogos conocen como el proceso de socialización por el cual los miembros de un determinado grupo social son introducidos al estilo de vida o cultura de dicho grupo.

Este proceso puede tener múltiples formas: el de iniciación en los hábitos comunitarios de los pequeños del grupo que van creciendo, o de los advenedizos ya adultos que se incorporan por matrimonio, migración o como vencidos o esclavos.

Suele tener sus rituales, generalmente ritos de pasaje, que marcan el paso a una nueva situación con relación al grupo.

Este proceso refleja los valores predominantes en ese grupo social. Desarrolla habilidades para la guerra, la negociación, la competencia o la producción según la cultura de que se trate. La Educación Popular o Liberadora de Paulo Freire se enmarca en la crítica a la sociedad en la que surge: el Brasil de los 70 y 80, marcado por la dictadura militar y la “década perdida” del capitalismo latinoamericano.

La socialización era el proceso por el que una persona era introducida en ese sistema opresor. Aprendía a comportarse en una cultura de la subordinación. La Educación Popular surge como alternativa para transformar la persona en orden a transformar esa sociedad. Sus propulsores conciben la educación como un proceso por el cual no sólo se transmiten una serie de informaciones o conocimientos, sino también las prácticas, valores, comportamientos, actitudes que permitirán al sujeto incorporarse a la vida comunitaria como sujeto activo transformador.

Por eso se define como educación crítica, orientada a despertar la conciencia crítica del educando y su capacidad de transformar su entorno. Es una educación explícitamente diseñada para producir el cambio cultural liberador.

A diferencia de la mayoría de las escuelas pedagógicas, la educación popular no privilegia un espacio o tiempo como “educativos”. La educación se desarrolla a lo largo y ancho de la vida.

Implica, por tanto, múltiples actores, espacios, instrumentos, actividades. No es una educación especializada privilegiada para ser ejercida por actores profesionales. Todos los espacios de nuestra vida (a lo ancho) y todas las etapas de nuestra vida (lo largo) son espacios y tiempos educativos.

Sin embargo, sus actores necesitan claridad de objetivos y habilidades propias para incentivar el cambio cultural en un proceso de aprendizaje que convierte al educando en protagonista de su propia historia. Por eso esta educación requiere de una acción planificada que forme sus actores y oriente el proceso.

Diseñada inicialmente por Freire para alfabetizar adultos, por un tiempo se pensó que estaba limitada a la educación informal, extraescolar, principalmente de adultos¹. Sin embargo, en la práctica hemos ido descubriendo que también los espacios y tiempos escolares permiten la práctica de la educación popular. Más bien la propuesta de Educación Popular es para toda educación que quiera ser liberadora, transformadora. Quizá el momento que marca este cambio de visión fue cuando José María Vélaz, fundador del Movimiento de Educación Popular y Promoción Social de Fe y Alegría, fue introducido en la galería de los educadores populares de América Latina. Con este acto se reconocían los esfuerzos de muchos educadores en América Latina que habían orientado su práctica educativa en las aulas por la inspiración de esta corriente de pensamiento.

El nombre de educación complementaria parece hacer referencia a algo secundario, prescindible, a una propina no necesaria del proceso educativo. Pero desde la mirada de la educación popular, entra por derecho propio en el proceso educativo que se realiza en la vida, sin restringirlo al ámbito escolar. No es un apéndice innecesario, sino parte de un proceso integrador.

Se trata entonces de un proceso de socialización alternativo en que los sujetos aprenden a convivir según principios y valores que fomentan un crecimiento personal y social que sienta las bases para una transformación de la sociedad.

Más allá de las fronteras

En la cultura contemporánea los procesos de socialización han sufrido importantes cambios. El mundo moderno es plural en su misma concepción. El desarrollo de los medios de comunicación ha borrado las fronteras. Ya es imposible vivir en aislamiento. Estamos necesariamente conectados. Contemos en el pequeño espacio de nuestro hogar cuántos países han producido los

¹ Pero no es posible adaptar la metodología de Paulo Freire en la educación formal. Habría que cambiar todo el sistema de enseñanza para ello. (Frei Betto, No hay política progresista sin un trabajo de educación popular, CPAL Social 16, 07,2017)

productos que lo pueblan. Salgamos a la calle de la ciudad y contemos las nacionalidades diferentes de los que pasan por nuestro lado. Leamos el periódico o encendamos la TV. Contemos los países que entran como sujetos de las noticias. Tratemos de separar las influencias de otras culturas en la nuestra. No sólo desde sus orígenes: las distintas culturas indígenas, las distintas culturas del Reino de España que nos colonizaron, las invasiones o naves comerciales de diferentes países que formaron nuestra identidad, los visitantes, migrantes o esclavos que vivieron en nuestro país procedentes de diferentes partes de Europa, África, Asia y América. En el mundo de la creciente conectividad digital en el que Cuba va entrando aceleradamente, ya no existen fronteras.

Cada vez es más imposible concebir los totalitarismos culturales del pasado, que cerraron fronteras con ejércitos y murallas. Vivimos en un mundo abierto, interactivo, conectado, en el que las tecnologías de la comunicación están al acceso de los más pobres y excluidos. Hoy los carteles de las drogas se dirigen desde el interior de las cárceles; desde los call centers de la India se ofrece información de compañías del mundo entero; los más pobres emigran a los países del norte y luego invitan sus familias a visitarlos y a integrarse a ellos; se hacen grandes transacciones bancarias en segundos atravesando océanos con sólo un click en internet; Europa y Estados Unidos se siguen poblando de latinoamericanos, africanos y orientales a pesar de sus políticas cada vez más excluyentes.

Los nacionalismos se refugian en una derecha trasnochada en vías de extinción y se impone la interculturalidad como estilo de vida.

La educación no puede estar ajena a ese fenómeno

En la Edad Media se pensó que familia y religión era los ejes socializadores de las nuevas generaciones. Con la llegada de la modernidad la escuela se convirtió en un tercer actor fundamental. Estas tres instituciones se unían o se enfrentaban en los distintos momentos y contextos, y competían por llevar el mayor peso en la educación para forjar ciudadanos y ciudadanas según sus valores e intereses.

Con la revolución francesa la educación laica desbanca a la educación religiosa. Pero en muchos sitios aún la educación religiosa (la coránica, por ejemplo) es el patrón educativo oficial. La revolución industrial, que reduce la empresa familiar y abre la posibilidad del trabajo femenino, parece situar la escuela como el eje principal de la socialización. El Estado moderno, garante de los derechos de los ciudadanos, incluido el derecho a la educación, procura apropiarse de la escuela como fábrica de ciudadanos y ciudadanas a su medida. La educación ideológica sustituye a la educación religiosa. Y como reacción, el mercado promueve la educación funcional, para desarrollar competencias para la producción.

Pero un nuevo salto cualitativo se da con la irrupción de la cultura digital. De pronto el eje socializador principal pasan a ser las tecnologías de la comunicación. Ellas superan a la familia, escuela y religión. Ellas cambian las formas de aprendizaje. Ya no se aprende por acumulación sino por conectividad. El que más sabe no es el que más conocimientos ha acumulado durante la vida, sino el que tiene mejores conexiones. Por tanto la importancia que en generaciones anteriores tenía el acumular saber pasa a un segundo plano. Las nuevas generaciones con sus habilidades tecnológicas y su falta de experiencia y de rodaje humano toman la batuta. La misma conformación biológica del cerebro se transforma privilegiando las capacidades de conexión sobre las capacidades de acumulación de memoria. Esto significa que las instituciones de transmisión generacional como la familia, la escuela y la religión, son sustituidas por redes de iguales conectados a fuentes de información. En la “sociedad del conocimiento” lo importante no es la acumulación sino la conectividad.

Se transforma el refrán de más sabe el diablo por viejo...a más sabe el diablo por bien conectado que por viejo. Sin embargo la inconmensurable cantidad de información asequible a través de las redes requiere seleccionar, relacionar, interpretar. ¿Con qué criterios se puede manejar ese volumen de informaciones para que no nos ahogue en su sobreabundancia?

Aprender a vivir

Educar para el futuro es enseñar a aprender con otros, en diálogo, en equipo. Es enseñar a vivir conectados en redes. Es enseñar no a repetir, sino a transformar, a crear. Es necesario saber conectarse y relacionar más que acumular. El creador necesita información y técnica, pero también necesita imaginación y musas. Pero sobre todo el creador necesita fines, motivos, banderas que defender, criterios, valores. No se trata de transformar por divertirse. Se trata de crear para mejorar, para luchar, para avanzar, para alcanzar lo que muchos autores han llamado “la vida buena”.

El creador necesita sensibilidad y compromiso. Necesita estar bien plantado en una realidad que conoce y ama y que siente la urgencia de transformar. La finalidad de la educación no es someter, sino liberar para la creación de mundos nuevos y mejores. No sólo para satisfacción de individualidades inquietas, sino para construir la vida buena del colectivo humano.

La educación que se conforma con transmitir conocimientos y habilidades se queda trunca. Necesitamos ir más allá de programas y exámenes. Necesitamos aprender a saltar barreras, a inventar caminos, a nadar en aguas profundas y volar con la imaginación. No nos basta que los educandos salgan de la escuela cargados con un conjunto de conocimientos establecidos culturalmente en su memoria y su práctica cultural. Necesitamos quienes sepan aplicar los conocimientos a la transformación de la realidad, quienes incluyan en su visión valores como la solidaridad, el cuidado de la naturaleza, la ética y la estética. Y esto no es posible cuando la

educación se encierra entre cuatro paredes de un aula, con horarios de entrada y salida. Necesitamos que la educación salga a la vida.

El trabajo en red necesita pasar de la mera colaboración tecnológica a la construcción de equipos humanos comprometidos con una causa que los une en colaboración tecnológica. Se necesita impregnar la colaboración del toque humano que incluya elementos como la autoestima y realización personal, los afectos y formas de solidaridad, los valores que trascienden el mero pragmatismo.

Esto no significa negar la escuela y sus programas y métodos. Quiere decir no limitarnos a ellos. Descubrir que la educación se da a lo largo y ancho de la vida. También en otros espacios y con otros actores que no podemos programar de antemano. Lo podemos llamar educación complementaria, pero no se limita tampoco a los tiempos y espacios de otras instituciones.

No estamos hablando de sueños de rebeldes ingenuos. Estamos hablando de lo que acontece en la vida. La mayoría de las cosas que sabemos y que han marcado nuestra vida no las aprendimos en la escuela. Es lo que saben los que invaden nuestros espacios con propaganda en la televisión o las paredes de nuestras calles; los que crean comportamientos para comprar el pan, relacionarnos con las autoridades, o conseguir ascensos y reconocimientos públicos. Los valores y actitudes no se crean con discursos, sino con prácticas y estructuras. Es preciso que la acción educativa intencional se haga presente en esos espacios para no dejarlos a merced de los poderes fácticos.

La sociedad educadora

La sociedad moderna, con su lógica pragmática de subordinación de medios a fines, ha terminado por convertirse en una sociedad depredadora que subordina las personas y su entorno a intereses particulares.

La educación popular, que parte siempre de la experiencia sentida de sus participantes y se orienta a transformarla de forma liberadora, tiene el potencial de preparar a las nuevas generaciones para una actitud diferente frente a la naturaleza y la sociedad.

Pero eso supone formas de participación novedosas en que los sujetos se apropian del proceso educativo. Un elemento clave es lo que Paulo Freire llamaba las palabras generadoras, que despiertan el interés del educando y le dan confianza en su capacidad de transformar la realidad.

Un sector del pensamiento educativo hoy se limita al desarrollo de técnicas pedagógicas para la transmisión del conocimiento. La calidad de la educación comienza a medirse por el rendimiento en conocimientos de lengua y matemáticas (y a veces de ciencias). Es fruto de la pasión por la eficacia, por obtener resultados tangibles, que ha despertado la modernidad, sobre todo en su versión capitalista.

La Educación Popular descubre la vocación educativa como llamada a incidir en la formación de los ciudadanos y ciudadanas. Hace el énfasis más en la eficacia que la eficiencia, en la coherencia con los fines más que en los resultados según inversión.

Cuando no hay una intencionalidad explícita en otra dirección, la acción educativa tenderá a reproducir los valores y actitudes que sostienen la sociedad en la que se produce. Con frecuencia esto no será resultado de la inercia, sino una intencionalidad expresa de los sistemas educativos.

A veces no son los valores explícitos de la sociedad, sino los que se han ido conformando en la cultura a partir de la experiencia de determinados grupos sociales.

Por ejemplo, las sociedades capitalistas tenderán a promover la competitividad, tanto como desarrollo de capacidades para una mayor eficiencia, como para competir con los adversarios del mercado. Como resultado tenderán a implementar escuelas excluyentes, donde los estudiantes con capacidades diferentes serán excluidos, estableciendo niveles de selección que eduquen a vivir en una sociedad excluyente. Una educación contracultural tendería a desarrollar la solidaridad por encima de la competitividad.

La Educación Popular plantea que la función de la Educación es educar personas para una sociedad donde valores como la igualdad, la participación y la inclusión sean prioritarios. Es decir, una sociedad donde los llamados sectores populares tengan oportunidades diferentes.

José María Vélaz, SJ, fundador del Movimiento Fe y Alegría, tiene dos afirmaciones importantes para entender esta visión: “la justicia educativa es la base de la justicia social” y “no podemos ofrecer una pobre educación a los pobres”.

En el contexto de América Latina la educación de calidad ha sido privilegio de una educación privada cara, a la que sólo tenían acceso los ricos, y por lo tanto establecía los condicionamientos para mantener una estructura de clases de gran desigualdad.

La Educación Popular parte de la incapacidad del educando para educarse solo, para transformar solo la realidad. Pero eso no lo lleva a la renuncia de su creatividad y de su subjetividad, sino a asociarse con otros, al trabajo en equipo, a la construcción de redes, al descubrimiento de la participación, a reconocer que nadie se educa sólo, sino que nos educamos en comunidad.

Pero parte también de las potencialidades presentes en el educando, que no inicia el proceso como una tabla rasa, sino con preguntas y saberes que aportar. La aceptación de la sabiduría popular nos abre a la posibilidad de nuevos saberes, de saberes diferentes hasta ahora excluidos. Nos abre a la interculturalidad y a la interdisciplinariedad. De nuevo es una invitación a romper barreras que nos impiden el diálogo abierto desde la igualdad y la aceptación del otro. Nos hace descubrir el valor de la pregunta y del error para el aprendizaje. Quien no se cae alguna vez difícilmente aprende a montar bicicleta.

La Educación Popular valora más la pregunta que la respuesta. Quien aprende a preguntar aprende a aprender. Quiere formar ciudadanos y ciudadanas inquietos y libres, que ponen nerviosos a quienes aspiran a una sociedad uniforme.

Este descubrimiento nos revela un cambio en el rol del educando. En el proceso de aprendizaje él no es mero recipiente. Es interlocutor, sujeto, y, por tanto, también educador. Y esto devela al educador como educando, aprendiendo en el proceso. Y se rompe la estructura que sólo el que tiene la autoridad, el poder, el dinero, es el que sabe. Que sólo uno tiene las respuestas. Se salta de la información que trasmite conocimientos al diálogo que construye conocimientos. En vez de aprender el lugar de la verdad, aprendemos el camino para encontrarla. Ese camino que nunca termina, que siempre abre nuevas preguntas.

Y descubrimos que el espíritu científico no es una propiedad de los especialistas, sino una cualidad del ser humano.

De esta forma el sujeto se empodera no por la acumulación de los conocimientos que posee, y que tenderá a no compartir para no perder poder, sino por la conexión creadora que establece con los otros sujetos que lo constituye en co-creador de nuevas realidades. Su empoderamiento no se da en cuanto elimina, subyuga o saca del juego al otro, sino en cuanto se conecta, colabora, construye con el otro. Su empoderamiento se da como miembro de una comunidad de aprendizaje y transformación y no como individuo que se posiciona frente al otro desde lo que posee (conocimientos, poder, o recursos económicos)

La gran pregunta es cómo introducir esto en el proceso educativo.

Por un tiempo se pensó que la Educación Popular no cabía en el tiempo y espacio escolar. Que era un tipo de educación para procesos informales con adultos. Hoy hemos superado esa visión. Pero sigue siendo cierto que el espacio y tiempo escolar es insuficiente para la educación popular. Si es educación a lo largo y ancho de la vida, también implica otros lugares y tiempos. Es ahí donde entra lo que en Cuba llamamos “educación complementaria”.

Un modelo de educación complementaria

En el Centro Loyola nos planteamos como nuestro objetivo: “promover una educación integral orientada al crecimiento personal y social de los niños y adolescentes que se acerquen a nuestro centro para recibir nuestros servicios”. Con el tiempo, respondiendo a la demanda, hemos tenido que añadir también los adultos.

Analicemos este objetivo. Comienza por una opción voluntaria (de los niños o sus padres) de “acercarse” al Centro. Es un ejercicio de la libertad que mira hacia un bien concreto: la educación integral para el crecimiento personal y social. No se trata de un camino obligatorio que exige

cumplimiento de todos. Esta educación se valida en cuanto logra atraer libremente a un segmento de la población. No tiene un público cautivo.

No se trata tampoco de un servicio del Estado. Se sigue percibiendo al Estado como el garante del derecho a la buena educación que tienen todos y todas. Pero dentro de ese derecho existen áreas no cubiertas por la acción del Estado. La sociedad misma como primera educadora (socializadora de sus miembros) participa libremente de la oferta de oportunidades que amplifican las ofertas de educación. Es consecuencia del pluralismo inherente a la modernidad.

La formulación indica también que se trata de algo que va más allá de la trasmisión de ciertos contenidos que se consideran fundamentales dentro de la sociedad en que vivimos. Se habla de una educación “integral”, que implica toda la persona como una unidad. Se trata de la constitución del sujeto libre y solidario. Es el apoyo para el crecimiento personal y social, es decir, de la persona como miembro de la sociedad, como “ser con otros”. Hay en el fondo de este planteamiento la visión de que somos para vivir con otros, para una existencia compartida, que se desarrolla en un contexto de naturaleza y sociedad que quedan implicados también en el concepto educación. En esta concepción la persona humana no se define por lo que tiene, ni por lo que es en sentido abstracto, sino por su existencia concreta en relación a los otros y al mundo en que vive.

Integral tiene referencia a totalidad, abarcando no sólo las dimensiones intelectuales de la persona, sino también las afectivas y corporales, las estéticas, éticas y de sentido. Este énfasis nos indica su característica con relación a la educación escolar. Indudablemente se trata de una cuestión de énfasis. Ninguna educación puede aislar las dimensiones de la persona humana. El que aprende, el que crece personal y socialmente, es un ser complejo, pluridimensional. Pero es válida la distinción de los énfasis. Esto nos indica su característica (compleja, pluridimensional) y su limitación (con énfasis que la constituyen en complementaria). Pero estas dimensiones nunca son tratadas como compartimentos estancos, sino como como órganos de un mismo cuerpo, partes de un mismo sistema, nudos de una misma red.

Por eso en la práctica se realizan en contextos de aprendizaje de contenidos (repaso escolar) o de técnicas (fundamentalmente de comunicación: idiomas, informática, medios de comunicación masiva) que se integran en prácticas que implican la dimensión lúdica, estética o axiológica de la vida.

Es importante que esta educación no aparezca como un paréntesis en la vida del educando, sino formando parte de su mundo: escuela (por ser repaso escolar), familia (a la que se implica en el proceso) y barrio (con el que el proceso entra en diálogo).

Lo importante es aprender valores, actitudes conductuales y sociales que le permitan crecer como persona que comparte esta “casa común” con muchos otros.

Conviviendo se aprenden competencias sociales que implican habilidades básicas como escuchar, saludar, despedirse, agradecer, perdonar, pedir favores o disculpas, trabajar en equipo,...

Se aprende a cooperar con las actividades por el bien de la comunidad como orden, limpieza, colaboración, silencio, respeto; a defender los derechos de los demás; a ser solidarios ayudando a otros según sus necesidades.

Conscientes de las dificultades de comunicación de la generación de la era digital se desarrollan las habilidades comunicativas: escucha, diálogo, expresión de los afectos, expresión en otros lenguajes, expresión artística, valoración de la verdad,...

Se trabajan actividades cognoscitivas con profesores de primaria capacitados en pedagogía junto a animadores que manejan las técnicas grupales de participación.

Se estimula la lectura, la imaginación, la creatividad, la investigación.

Se fomentan las habilidades de convivencia entre niños que viven en contextos de violencia familiar y barrial, con fuertes limitaciones económicas o sociales, con experiencias familiares disfuncionales.

Esto requiere de acompañamiento psicológico personal y familiar que se provee para los niños y sus familias. Pero este acompañamiento se da para contextos culturales especiales que necesitan ser reconocidos y comprendidos. Por eso un equipo de investigación trabaja simultáneamente en entender el contexto y, a través de talleres, compartir esta profundización de la realidad con los educadores.

El centro tiene un núcleo central que lo articula: el programa Cuesta Arriba, que tras el atractivo de repaso escolar incluye formación en valores y en habilidades de comunicación y de creatividad. Tiene como apoyo unidades de formación en informática, idiomas, lectura, expresión artística (música, artes plásticas, danza y teatro).

Se complementa con unidades de orientación psicológica e investigación social y con ofertas para las familias de manualidades, idiomas, informática y emprendedurismo.

Se orienta al fortalecimiento del tejido social barrial.

Trata de interconectar estas múltiples dimensiones promoviendo la superación de la fragmentación de las personas por la constitución de sujetos con autoestima y capacidad de convivencia.

CONCLUSIONES

En la modernidad la educación es un proceso que se desarrolla a lo largo y ancho de la vida, con múltiples actores, y marcado por la interculturalidad del mundo global y las nuevas tecnologías de la comunicación.

La educación popular es parte de ese proceso y supone una intencionalidad de convertir al sujeto colectivo popular como eje del proceso educativo, que parte de su vida, integra sus saberes, cambia los roles del proceso educativo y se orienta a la transformación de la realidad social en busca de la “vida buena para todos”.

El centro Loyola de Centro Habana intenta inscribirse en esa corriente pedagógica.

BIBLIOGRAFÍA

Espadas, Román y Tamara Roselló, *Hablan dos Educadores Populares: Paulo Freire y Frei Betto*, Caminos, Habana, 2017.

Freire, Paulo, *Pedagogía del Oprimido*, Siglo XXI, México, 1999

Freire, Paulo, *Educación como Práctica de la Libertad*, Siglo XXI, México, 1999

Mejía, Marco Raúl, *La Educación Popular en el Siglo XXI*, Fe y Alegría, Bogotá, 2016.

Morin, Edgar, *Insegnare a Vivere*, Raffaello Cortina Ed., Milán, 2015

Stojnic Chavez, Lars y Natalia Consiglieri Neri, *Ser Escuela, Construir Comunidad*, PUCP.Lima, 2015

Varios, Paulo Freire. *Contribuciones para la Pedagogía*, CLACSO, Buenos Aires, 2008

Varios Autores, *Educación y Cambio Social*, INTEC, Santo Domingo, 1974

Varios Autores, *Simposio Internacional de Innovación*, Revista Internacional Fe y Alegría, Bogotá, 2014

Vélaz, José María, *Palabras de Fe y Alegría*, Federación Internacional de Fe y Alegría, Caracas, 2005